

ÁBALOS, JOSÉ MANUEL

(Donostia-San Sebastián, 22.IX.1947)



El gótico adolescente de las zapatillas a cuadros aún asoma en el maduro románico que sonríe con el labio inferior ligeramente avanzado. El cabello ondulado y panojo ya no le dora las sienas con pámpanos encendidos. Grande, afable y hogareño tiene la sonrisa moderadamente pícaro de los epicúreos. Escribe en mayúsculas con grafitos de incesante punta. Su máxima aspiración es pintar casas con paredes de mar y techos de puro cielo. En el estudio, le tiene puesto piso a su musa y querida la mar.

Er^an las muy toreras cinco en punto de la tarde (como en la elegía de García Lorca) cuando el lunes veintidós de septiembre de mil novecientos cuarenta y siete nace José Manuel Ábalos Vázquez en San Sebastián. Por los puros pelos coge el signo Virgo que está en su último día. Icónicamente este signo de tierra tan volátil y antojadizo se distingue como «El Emprendedor». Y emprendedor en grado sumo acabará siendo José Manuel Ábalos: ora arquitecto, ora pintor, artista siempre.

Sin antecedentes artísticos familiares, José Manuel Ábalos estudia dibujo y pintura con los pintores José Camps y Sánchez Guardamino. Asimismo, en la Asociación de Artistas recibe provechosas enseñanzas de los pintores Ascensio Martiarena y Jesús Gallego.

Práctico por naturaleza, cursa estudios de arquitectura en Madrid, acabando la carrera en 1971. Simultáneamente realiza estudios de dibujo, pintura y escultura en la madrileña facultad de Bellas Artes de San Fernando y en el Círculo de Bellas Artes, donde realiza dibujo del natural. Obtiene diversos premios locales y nacionales de dibujo y pintura juvenil. 1^{er} premio en el «Certamen de Artistas Noveles de Guipúzcoa» en 1981.

Seleccionado en varios concursos nacionales durante los años 1981 al 1990. A partir del año 1980, comienza su aprendizaje en las técnicas del grabado en el taller «Hatz» de San Sebastián, de Ignacio Chillida, junto a grabadores como Eduardo y Gonzalo Chillida y Andrés Nagel. Realiza planchas al aguafuerte para distintas galerías de arte del país, así como para instituciones particulares. Desde el año 1991, expone regularmente su obra en la galería de arte Delta (San Sebastián).

Artísticamente, la biografía de José Manuel Ábalos se afirma y consolida cuando, acabados los estudios, vuelve a su Donostia natal,

ANTONIO MARTÍNEZ CEREZO • DICCIONARIO DE ARTISTAS ESPAÑOLES

© Antonio Martínez Cerezo

Sergio Martínez, *redacción*. Mayte de la Fuente, *documentación*.

Carmen Martínez, *organización*. SM, *composición*.

Martínez Cerezo, editor. Santander, noviembre 2010.

ISBN: 931484-7, Obra Completa • 931484-1-5, Primer Tomo.

antoniomartinezcerezo@gmail.com • amartinezcerezo@hotmail.com

Imprime: Artes Gráficas J. Martínez, S.L. • Maliaño • Cantabria

www.abalospintor.com <<http://www.abalospintor.com>>



donde realiza una callada pero muy meditada obra surrealista, prestando gran atención al dibujo y al grabado, en una línea que, en principio, se considera próxima a ese excelentísimo grabador nunca del todo ponderado (el genio tapado por el genio) que fue Ricardo Baroja, hermano de su hermano Pío, ladrón de buena parte de su fama.

José Manuel Ábalos no tarda, sin embargo, en sacudirse esa influencia inicial, que seguramente le reportó importantes conocimientos y satisfacciones. Pero su talante investigador, rompedor, renovador, y su obra, maduramente juvenil, discurren por terrenos de mayor compromiso y novedad.

La dicción de José Manuel Ábalos es singularmente romántica, naturalística, libre, realista y postmoderna. Sus bodegones tal vez abundan en innecesarios detalles y barrocas aglomeraciones. Y, en general, todas sus composiciones, porque José Manuel Ábalos está en ese momento en que la obra le pide acumulación en espera de que sea cumplido el tiempo de la selección, de la esquematización, de la síntesis (paso que tarde o temprano habrá de dar, cuanto antes mejor, pues la pintura exige claridad, aclaración, definición, albura).

José Manuel Ábalos no elude el compromiso mayor que siempre representan los cuadros de gran formato, en los que se complace en representar escenas naturalistas de esa hermosísima ciudad-balcón sobre el mar que es San Sebastián. Los rincones de su taller también son objeto de frecuente representación, teniendo en los tarros de pintura, los pinceles,

las paletas y los lienzos vueltos buen motivo para la composición.

• **1980/2000: pintádose en lo pintado**

En la década de los ochenta, José Manuel Ábalos hace su aparición pública en los circuitos artísticos donostiarra con una muy cuidada campaña de exposiciones, cuya frecuencia habla del entusiasmo e ilusión con que se plantea su carrera ya desde el inicio.

1982: Galería Echeberría, San Sebastián; Sala de Cultura, Zumárraga y Beasain; Galería Gaspar, Rentería; Sala de Cultura, Mondragón; Sala de Cultura de la CAP, San Sebastián; Sala «Colchonería San Vicente», San Sebastián. **1983:** Sala de Cultura, Pamplona; Sala de Cultura, Bera de Bidasoa. **1984:** Galería Echeberría, San Sebastián; **1985:** Galería Altzerri, San Sebastián; **1987:** Galería Gaspar, Rentería; **1990:** Altzerri, San Sebastián.

Para esta última muestra, José Manuel Ábalos diseña el primero de sus célebres tarjetones, al frente del cual comparece sorprendido en el estudio por la cámara atenta del fotógrafo: alto y quebradizo (aún) como un junco, profundo el mirar, apanochado el cabello cruzados los brazos y las zapatillas a cuadros.

En la obra de esas fechas, la luz se adentraba en el estudio por la representada ventana destacando objetos dispuestos en forma de cristales superpuestos (guiño al cubismo, esa gran revelación del siglo que tanto nos ha ayudado a ver la pintura con ojos de cristalero).

En 1991 expone en DELTA, la que habrá de ser su galería definitiva en la capital guipuzco-



«Conversaciones
en el mar»
Óleo/lienzo
116x81cm
2000



«Una ventana muy cercana»
Óleo/lienzo
116x89cm
2000

ana, espacio que se estrena como «lugar de artistas» según reza en el tarjetón que comienza a hacerse habitual entre los amigos. Siempre en este año, expone asimismo en GASPAN, en la próxima ciudad de Rentería.

Un año después, el donostiarra repite suerte en DELTA y cruza el mapa del país para recalar en el Club de Prensa Canaria, Las Palmas, donde comparece con óleos, dibujos y grabados; algo que comienza también a hacerse habitual en sus exposiciones de este periodo.

En el noventa y tres, José Manuel Ábalos expone en la «Asociación de Artistas de Guipúzcoa» y en BOREAL, Pamplona; en el noventa y cuatro en DELTA, San Sebastián; donde repite en el noventa y cinco, presentando el cuadro con parábola titulado *Doce naranjas*, que de su puño y letra el pintor explica así:

«Un padre se vio forzado a elegir al novio de su hija mayor entre tres pretendientes.

Les enseñó un estanque en el que flotaban naranjas y les preguntó:

— ¿Qué hay ahí? ...

El primero dijo: Doce naranjas.

El segundo (listillo): Doce medias naranjas.

Y por fin el tercero, metiéndose en el estanque, fue tocando una por una cada naranja y concluyó: Cuatro naranjas y ocho medias naranjas.

Éste fue el afortunado.

Si les hubiese enseñado el cuadro que he pintado, el afortunado hubiera contestado: sólo es pintura (Pero no por eso se hubiese casado con mi hija)».

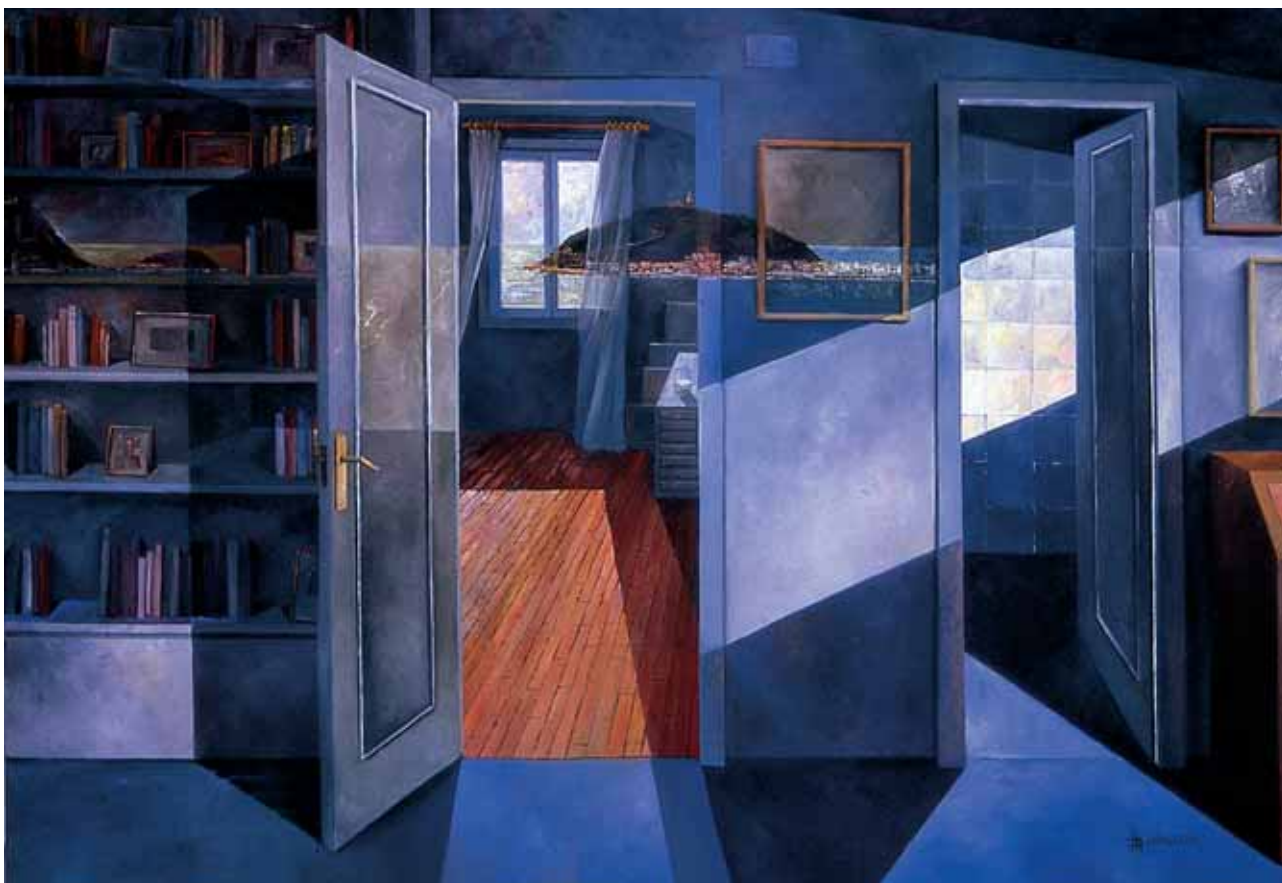
Pintura sólo pintura era (es) ese cuadro en el que las medias naranjas juegan al equívoco de parecer enteras por mor de los reflejos y donde el agua se sube a las barbas de una cortina azul en una escena que semeja una especie de guiño al contrapeso exterior-interior que nos enseñó Picasso en el *Guernica*.

Dicho sea en su favor –naturalmente como elogio– que en la pintura de ese momento (un cierto realismo mágico) no se nota para nada el arquitecto, en lo cual demuestra José Manuel Ábalos su capacidad para hacer abstracción de las matemáticas y las reglas cuando el sentimiento se impone sobre la técnica.

En 1996, su pintura registra un importante cambio, que registra su exposición en DELTA y que el pintor explica ganado por una sorpresa rayana en perplejidad:

«Este año ha pasado algo. Algo que no sé qué es pero que ha llenado mis cuadros de cosas. Cosas que están tan dentro de los cuadros que no sé si son, o si están».

Lo que pasa es que José Manuel Ábalos incorpora en su obra retazos de su propio estudio iniciando una contraposición interior-exterior, paisaje-naturaleza muerta que supone una transgresión de los espacios comunes, bien que una transgresión dominada por el ra-



«Luces para el sosiego»
Óleo/lienzo
130x97cm
2000

ciocinio. El mar donostiarra se adentra en el estudio tanto como el estudio se adentra en el mar. El caballete se hace transparente para que el milagro del vidrio resalte el prodigio.

En el noventa y siete vuelve a DELTA, en la que ya comienza a conocerse como su obligada comparecencia anual y en cuyo tarjetón de invitación siempre escrito en mayúsculas, de puño y letra y a lápiz el pintor da cuenta de lo acaecido en este último periodo:

«Este año una nueva amiga se ha metido en mis cuadros: la geometría. El color, la luz, el dibujo... y la geometría. Mientras yo me empeño en la pintura, ella juega con el rigor. Todo empezó con un puntito de luz allí en el horizonte. Parecía el contraluz de una puerta abierta sobre el aire del mar. Y lo era. Y me dejé llevar...».

Afortunadamente se dejó llevar, porque si algo ha de ser el artista es obediencia, humildad, ante esa lucecita que tan misteriosamente se enciende y marca el camino a seguir.

Y, ay, de aquél que no vea la luz.

O de quien viéndola no siga su dictados.

El ocho de noviembre del año en cuestión, Alicia Centenera le hace una entrevista, para el «DIARIO VASCO», que interesa recoger aquí por los caudalosos e intimistas datos que aporta sobre ambiente de trabajo y familia que envuelven a nuestro biografiado:

«El arquitecto donostiarra José Manuel Ábalos vive en una villa ('en media villa sólo', aclara) de los años 20 y mira la ciudad desde arriba y con cariño. Luego la deja cuajar en el lienzo o la reproduce minucioso en dibujos, en los grabados al aguafuerte que expone estos días en el bar galería Biarritz. Una mirada a San Sebastián desde su rincón, aquí, en el piso más alto, que querría silencioso pero donde se cuelan las voces de los hijos, de las abuelas, a veces el ladrido del perro...»

«Todo lo que pinto lo hago aquí y en ese lado tengo mis ácidos, mis cubetas debajo, todo muy artesano. He llegado a la conclusión de que poco sitio pero sin niños pequeños que te lo destrocen es mucho sitio», apunta. Nos reímos porque sus hijos son ya más altos que él como muestran las marcas en una columna que sirve de testigo de edades y crecimientos. 'Ah, pero los he tenido pequeños y no se me olvida', asegura risueño.

La escalera comunica pero también divide los dos ambientes. Desde el piso inferior donde la cuadrilla de los más jóvenes no se pierde un partido de fútbol, subiendo hacia la cocina y el salón y luego los dormitorios, hasta llegar a este txoko con ventana abierta sobre una tarjeta postal de Donostia: «Sobre la misma base de Urgull, la variación es absoluta, como espectador miro en una dirección o en otra»

viendo el mismo paisaje y entendiendo que el espacio que lo rodea cambia según lo sienta yo en ese momento. Me asomo a la ventana y está el aire y poder pintar el aire que hay entre esto y Urgull, es tan difícil... salen un montón de planos intermedios porque está el mar y Marianistas y el parque éste y la ventana y su marco y al final se me mete en el cuadro toda la casa». Los caballetes, los botes de pintura y los pinceles, claro. Pero también el sillón de médula, los almohadones, las flores que para desesperación de su mujer prefiere ya moribundas y caídas. 'Sólo me gustan para pintarlas cuando están pochadas', confiesa.

Por eso sus lienzos son inventario de un paisaje pero también memoria de la casa y la vida de una familia: en ellos queda la cafetera o la batidora, un muñecote que alguno de sus hijos hizo de chavalín... '¿Se rompió aquel recipiente de cristal cuadrado que aparece en aquel cuadro?', pregunta el pintor. Y continúa divirtiéndose: "Cuando era chaval en el colegio nos decían 'no tenéis que ir por los rincones porque ahí es donde os asaltan los malos pensamientos, en el rincón solitario'. Y este rincón mío desde luego no es solitario. Es farragoso y lleno de cosas y además está mi mujer. Si Julia no estuviera aquí mientras pinto no podría hacer tantas cosas como hago. Yo pinto en ratos libres, los fines de semana y por la noche, cuando vengo de trabajar y me relajo pintando. Y mi mujer me hace compañía, hablamos o no pero estamos juntos. Por eso insiste en que Julia aparezca en la fotografía: "Mi rincón existe porque está ella", explica Ábalos. lo que en los tiempos que corre, más que una declaración de amor, es una declaración de principios».

Pues eso: una declaración de principios, de sólidos principios. José Manuel es hombre de principios, una persona tan reglada que necesita el desorden del orden para vivir, ese desorden ordenado que es la vida en familia, donde todo parece siempre reglado por el caos

que fomenta el respeto a las cotas de libertad ganadas a pulso por cada quien en la milagrosa nave del mar cotidiano.

José Manuel Ábalos exige muy poco a la vida; pero a lo que no sabe renunciar es a la estabilidad emocional y al proyecto metódico: arquitectura por las mañanas y pintura cuando se lo pide el cuerpo. Buena prueba de ello es la periodicidad de calendario con que comparece en DELTA como quien se somete a un 'juicio de buenas intenciones'; y para cuya muestra del año noventa y ocho el pintor reafirma sus 'apuntes didácticos':

«El horizonte es el lugar donde la luz reposa. Brillos que surgen del aire luminoso... Colores que crean calores en el espacio de la pintura. Otro año pintando y disfrutando del temblor sutil que late dentro de cada cuadro».

Para entonces, la pintura se ha hecho efectivamente horizontal (de horizonte), que no só-

«Amanecidas»
Óleo/lienzo
89x116cm
2000





«Rumor de brillos»
Óleo/lienzo
146x97cm
2000

lo apaisada, y abunda en rasgos firmes donde la tierra adquiere un protagonismo especial y en detalles románticos como el del repetido vaso de flores declinantes.

En el noventa y nueve, el horizonte pierde parte de su espacialidad remota y se acerca a la ventana del estudio, que impregna con su luz y lo anega con su misterio.

El pintor celebra dos exposiciones: MONTARTO, Baqueira Beret; y DELTA, San Sebastián. Para la anual muestra en esta última galería, Ábalos nos regala su habitual soflama, esa especie de 'fe de vida y obra' o 'cuaderno de bitácora' que tan es de agradecer:

«El aire con el agua juegan al juego de la pintura. La tierra y el fuego se acercan... El aire les anima a que jueguen también. Y así, juntos, juegan al mejor juego... ¡Al de la luz de la pintura!».

Este año, el pintor se nos revela albertiano. Su particular poema a la pintura abunda en versos quebrados y acentos admirativos.

El pintor tiene ya tanta seguridad en la pintura que parece que sea la pintura la que lleva de la mano al pintor, y no a la inversa. Las pa-

redes dan en transparentes y adquieren una importancia fantasmagórica en la composición. Hay líneas de fuga que apuntan al interior del cuadro y mares que se incorporan y penetran ventana adentro para ver curiosamente lo que ocurre en el estudio del pintor.

En este preciso momento de su producción vuelve a ponerse de manifiesto la contraposición entre tierra y mar, interior y exterior, opacidad y transparencia en el definitivo momento de la pintura en la que supitañamente, y más que nunca, todo deviene dual.

Su última exposición por el momento, siempre en DELTA, se presenta con el sello inconfundible de la casa: el tarjetón donde el pintor va pintándose en la palabra manifiesta:

«Algo parecido a un sonido acompaña a la imagen del horizonte. Puede ser un ruido. O una luz. Es el rumor de la pintura. Cantos de vida que se unen al color. Color que son colores. Brillos, reflejos... Aventura para la razón. Seguir en el camino. Sentir que la aventura es el camino. Caminos para el color, la razón y la aventura».

Más o menos paralelamente, el pintor expo-

ne asimismo en MONTARTO, Baqueira Beret; dando con estas dos exposiciones por cerrado el siglo y el milenio en espera de lo que haya de deparar el nuevo tiempo que se anuncia en lontananza. Picasso llegó a decir ‘mis pinturas son mi biografía’. También las de Ábalos, que se pinta en todas y cada una de las obras y luego se asombra de haberlas pintado. El asombro de mundo es la máxima aspiración que puede tener un artista. Un artista que no se asombra pinta desde la certeza. Y pintar desde la certeza es caer en la aburrición. El pintor que se asombra (como quien se asombra de estar vivo) pinta desde la extrañeza que le produce ese formar parte de una naturaleza tan cambiante como el mar, del que tan claramente dejó señalado Valery que todos los días se recomienza. O sea: se renace.

José Manuel Ábalos debe, en este sentido, ser considerado ‘pintor de la Concha’ o ‘pintor de la bahía donostiarra’. El mar no es para él un horizonte al alcance de la mano, sino un misterio que se le adentra por la ventana y se le tiende en la cama como un perrico faldero.

El pintor no puede valerse sin el mar, ese mar que más que punto de partida se me antoja referencia obligada, perchero (o galán de noche) del que penden los colores.

Alberti llama al pincel ‘prolongación de la mano’. José Manuel Ábalos hace tiempo ha entendido que la pintura sólo puede enten-

derse como un juego, el ‘juego de la pintura’. Que otros traten de salvar patrias con sus cuadros a él se le importa un ardite. Su intención no es salvar a nadie con la pintura, sino salvarse *en* la pintura.

En el año cronizado, la pintura se ha resuelto en colores metálicos: azules buches de paloma y grises de plomo hablan de un estado de ánimo del que el Monte Igueldo guarda el secreto. Lo asombroso de la pintura es que es llave. Y la llave ya es un símbolo dual que lo mismo sirve para abrir que para cerrar.

Si de él dependiera, las casas no tendrían paredes ni las paredes puertas ni las puertas llaves. Su idea de la perfección es una casa con las paredes de mar y los techos de puro cielo. El utópico sueño del hogar común.

• La pintada arquitectura transparente

No creo que nadie se escandalice si me permito el albedrío de afirmar que Ábalos es (en la pintura) el inventor de la ‘arquitectura transparente’, de la casa sin paredes. Sus espacios arquitectónicos (de metacrilato virtual) son tan diáfanos que transparentan en dos direcciones: hacia adentro y hacia afuera.

Trasallá de los límites registrables, la ciudad, que forma parte de la casa (casa de casas, la gran casa). Más acá, la casa, que forma parte de la ciudad (casa común), la casa unifamiliar, la casa adosada o la colmena, todas las



«Un espacio para el contraluz»
Óleo/lienzo
146x97cm
2000

«Aire libre»
Óleo/lienzo
92x73cm
2000



formas imaginables de la casa: rica, pobre, florida, ornada o desnuda, enhiesta o desmoronante, los espacios abiertos de los parques o los callejones (cómplices de la uretra), donde en los tiempos oscuros se rotulaban anuncios prohibiendo hacer aguas mayores y menores so pena de cinco maravedíes y algún que otro azote en 'la parte infractora'.

En la producción pictórica de Ábalos no hay espacios limitados, claustros, encorsetantes. Su ideal arquitectónico (imposible de llevar a la práctica) es la diafanidad, la desnudez, donde la vista entra y sale como Perico por su casa. Un espacio ideal (el suyo) donde penetre la ciudad para instalarse en la casa como el rumor del mar se instala en la caracola abandonada en la playa. No para hoy, ni para mañana, sino por siempre. La caracola, si bien se mira (y si no también) es franciscana. Véase si no cuanto al respecto anota *Autoridades* en la voz correspondiente: «**Caracola**. Lllaman los Religiosos Descalzos de S. Francisco al caracol marino que tocan en el Choro los dias solemnes: y tambien al Religioso que sabe tocarle».

De manera que tan caracola es la caracola como el religioso (franciscano) que toca con donaire el pánico instrumento. Bien nombrado caracola por sus hermanos de claustro, el franciscano (diestro en sonos) se enorgullece de arrancar a la caracola (tomada prestada a la

playa) sus dormidas interioridades, sus latencias. Y no por método, sino de oído.

La casa y la ciudad, toda casa y toda ciudad, son una caracola marina que el tiempo abandona a su albur en la playa urbana. La caracola marina que es la ciudad hay quien la oye y quien no la oye. Y quien la ve y quien no la sabe ver. Talmente Bacon; quien, tras una noche de mal sueño, salió con la parida aquella de que «las casas se han hecho para vivir en ellas, no para mirarlas».

Pues no: las casas también se han hecho para mirarlas, para oírlas, para gustarlas, para sentir las, para llevárselas al oído como el hermoso pecho juvenil de un amor prometedor.

Frente al incapaz de oír la ciudad, incluso con cornetilla o audífono, hay visionario que afirma que la siente hablar con elocuencia, que si pega el oído a los adoquines siente cómo la ciudad se expresa cual libro abierto.

Puesto a afiliarse, Ábalos se aparta por quienes mantienen que la ciudad siempre dice cosas, confidente de su historia, pasada, presente y futura; cuyos más recónditos rincones conoce como la palma de su mano.

La ciudad (casa común y del común) es, en efecto, una caracola con el mar dentro. Pero en el mundo actual, presidido por las prisas, nadie se para a oír lo mucho que una ciudad (toda ciudad) tiene que decir a quien le presta

oídos, el profundo latido vital de la calle resuelta en calles, de la plaza resuelta en plazas, su historia plena de historias, como el surrealista (pero menos) pájaro lleno de pájaros de Miguel Hernández, a quien ayer mataron (de miseria, hambre y tisis) quienes hoy le ensalzan atragantándose de cava y canapés.

Cada rincón de la ciudad tiene su particular aquel. Y cada aquel, su particular afán. Y cada afán, su particular corolario. Mújica Láinez, a quien ser crítico de arte no le privó de ser escritor, nos enseñó que las casas tienen historia, su historia, invocando en favor de su tesis la autoridad mayor de Eliot: «*Houses, live and die: There is a time for building / And a time for filing and for generation / And a time for the wind to break de loosened pane / And to shake de wainscot where the field-mouse trots, / And to shake the tattered arras womnen with a silent motto*».

Sí. Las casas viven y mueren. Viven en quien las vive y mueren en quien las muere.

La casa tiene una memoria muy viva. Y la ciudad, también. La ciudad sabe más de sus habitantes que los habitantes de su ciudad. Cada rincón ha su particular historia. Y cada casa, su propia soledad sonora.

A Ábalos, pintor de casas utópicas, le gustaría que las casas pudieran llevarse al oído para escucharlas. Porque las casas tienen mucho que decir, con su lengua de cáliz apurado hasta las heces.

En su particular morfología, la casa expone a gritos quién y por qué la ideó. Quién y por qué la encargó, concibiendo instalarse en ella para vivir un sueño, la realidad del acontecimiento en permanente arribo. Quién y por qué conoció en ella días de gloria o de infierno, jornadas fastas o nefastas. El amor, la fortuna, el odio, el rencor, la enfermedad, la muerte.

Ábalos pudo haber optado por pintar personas, retratos. Pero prefirió pintar casas, casas de ciudad (raramente de aldea), casas que son en *sus* personas, fiel retrato de sus moradores, las casas de su ciudad: Donostia, Donosti, San Sebastián, Sansebas o Sanse.

Koldo Mitxelena, insigne lingüista, despliega un pentagrama coral (1953) al que cumple acogerse: *Donasa (b)astiai, Donastastia, Donastia, Donostia...* Todo eso, en fin, llámese como se llame o provenga de donde provenga, que Ábalos pinta de corazón (que es como los franceses nombran lo que se hace 'de memoria'), desde todos los ángulos posibles, convencido (hasta la caz del hueso) de que el todo ciudad de su San Sebastián del alma vale más que la suma de las partes.

«La ciudad no se explicaba, era», escribió Julio Cortázar. Para Ábalos, San Sebastián no

se explica, es. Y como es lo pinta, a su modo, sin mimetismo, con la familiaridad que da el conocimiento.

Si algo aduce su pintura, tan urbana, es que no hay dos ciudades idénticas, pariguales. Para él, cada ciudad es única e irrepetible, como tan minuciosamente anotara Rodenbach: «*Las ciudades tienen también su personalidad, un espíritu autónomo, un carácter casi exteriorizado que corresponde a la alegría, al amor, al renunciamiento. Toda ciudad tiene su estado de alma y, a poco que en ella estemos, este estado de alma se nos comunica en un fluido que se disuelve en el aire*».

Esa personalidad, ese espíritu autónomo, ese estado de alma que se nos comunica en un

«Color de luces cambiantes»

Óleo/lienzo

146x81cm

2010



fluido que se disuelve en el aire, es lo que Ábalos aspira a pintar: la casa en la ciudad, la ciudad *en* sus casas, con luz inevitablemente metálica, de acero trascendido en mar.

Las casas pintadas por Ábalos (siempre iguales y siempre diferentes) participan de la ciudad tanto como la ciudad participa de las casas. Porque la ciudad también es una casa, la casa prototípica, la casa común. O mejor dicho: la común casa compartida.

De ahí que en las ciudades actuales prolifere tanto la calle-salón. La calle-salón viene a ser como el saloncito de recibo (sin horas limitativas ni reglas ni protocolos), el recibidor de casa, de la gran casa, de la casa de todos que es la ciudad, concebida como un fruto graciosamente ofrecido a quien de camino va.

En la calle-salón de la ciudad actual la gente juega a no verse viéndose. Todo el mundo sabe quien es quien y nadie se conoce. Todo quien se conoce de vista, sólo de vista, porque en los tiempos que corren lo que prima es conocerse de lejos, lo suficientemente pertrechado para no comprometerse.

Donostiarra por la cuna, Ábalos vivió en Madrid el tiempo de la carrera, donde conoció un amor confesable: Velázquez.

Vuelto a Donostia, no ha hecho otra cosa que pintar velazqueñamente su ciudad, pin-

tándose en su ciudad. A veces, el pintor se permite la libertad de asomar físicamente en los cuadros, enmarcado por un ventanuco, haciéndole un guiño de complicidad a esa especie de eternidad menor que es el futuro, en plan viajero que se asoma a la ventana del tren en marcha para no perderse el incesante camino que inevitablemente va quedando atrás.

La última hoja del calendario del año dos mil le pilló meditando sobre la fugacidad de la instantaneidad (con permiso de Unamuno). Y ya no hubo más remedio que asomarse de este otro lado del tiempo.

El tercer milenio impone a Ábalos un cierto compás de espera. El pintor y arquitecto (que no pintor-arquitecto) donostiarra se autoimpone un parón reflexivo, animado por la necesidad de mirar atrás, hacer balance de lo hecho y proyectarse al futuro con sustantivos aires de renovación, idealmente renovado.

Los años no pasan en balde. Superada la cincuentena, la vida se ve de otra manera.

Ya no es el joven a quien entrevistara Iñaki Moreno con motivo de su exposición en Bixen 80, que otros llaman «La Colchonería». Hay, sin embargo, algo en él que no ha cambiado, que no cambiará nunca, su devoción por Velázquez, a quien debe una lección que no olvida nunca: la atmósfera, el gran valor que tiene la atmósfera en su obra.

«Noches mágicas»

Óleo/lienzo
146x97cm
2007



Estar algo «en su atmósfera» (en la dicción medieval) es estar donde debe, en su ser: el trino en la rama (que no en el pico), la rama en el monte (que no en el tronco), el monte en el límite (que no en el horizonte), el océano en el cuarto de baño (que no en la playa), la isla de Santa Clara en las lunas de los guardarropas (que no entre los montes Igueldo y Urgull).

Todas estas sutilezas del lenguaje expresivo (de la expresión por el lenguaje) las aprende Ábalos emborrachándose de Velázquez, allá en el Prado, la casa de todos los que alguna vez han sentido la pasión *de* la pintura, la pasión *por* la pintura, esa embriaguez.

Frente a Velázquez, en el Prado, el alevín de pintor 'está en su atmósfera'. No sólo en el mundo, sino en *su* mundo; ese mundo de Velázquez que debe a Velázquez al proclamarse velazqueño hasta los evos.

• 2001/2010: renovada juventud

Entre el año 2001 y el 2006 hay una aparente laguna en su currículum. Espacio temporal que el artista utiliza para asentar el modo.

Un ingenuo romance gloria el ardid de San José (tal vez el único que tuvo el bueno de él), consistente en errar de revés a la mula para no ser descubierto por las huestes de Herodes.

La metáfora es trasladable al deambular humano. Caminamos de frente mirando al pasado. Somos la inevitable expresión presente de nuestro pasado. Lo que fuimos en lo que somos. Y más aún: en lo que estamos siendo.

De *Las Meninas*, hay dos aspectos que subyugan especialmente a Ábalos: la lección de pintura (pintura al natural, en su natural atmósfera) que se desprende de la contemplación del pintor ejerciendo su arte, del pintor pintando. Y la inusual dimensión del lienzo en el que el pintor pinta, se pinta.

Otros buscarán la magia del cuadro, de ese cuadro de los cuadros, en otros detalles. Pero Ábalos percibe, en ese momento y acción, la imagen del Aleph, punto que reúne todos los puntos (en la fantástica invención de Boges).

¿Qué ve, en realidad, Velázquez mientras se pinta pintándose? ¿Al curioso espectador (intuido por el genio) que le contempla desde el futuro que con él comparte?

Se ha dicho que Velázquez pinta en *Las Meninas* las cosas en su aire. Más bien las pinta «en su atmósfera». Ítem más: Velázquez pinta el porvenir trascendido en el presente, el futuro del espectador que le contempla pintándose, haciéndose en *su* hacer.

Ábalos no tiene una lectura unívoca de *Las Meninas* de Velázquez (¡ay de quien la ten-



ga!). La magia de ese cuadro consiste en no estar pintado, sino pintándose.

Al pintor donostiarra, el nuevo milenio le trae preguntas encadenadas que resuelve en una idea funcional: el arte es un arcano indesvelable; porque, con el mar y el desierto, comparte la magia de lo que se hace haciéndose, como el pintor al pintarse.

Ábalos se hace daliniano, que es su particular manera de ser velazqueño.

En el año 2001, expone en Delta; su sala de siempre, hasta el punto de hacerla suya, para que fuera más él.

Un año más tarde, para una nueva exposición en la misma sala, el veintisiete de julio, el pintor escribe con su habitual trazo a lápiz con caracteres mayúsculos:

«Aire de nuevas luces»

Óleo/lienzo
146x81cm
2010



«Ventana al
jardín»

Óleo/lienzo
100x73 cm
2008

*«Como brillos del instinto de pintar,
este año se han unido los sentidos con
los deseos y algunas realidades.*

*El resultado es una chispa
del soñado resplandor.*

*El resplandor en la pintura es como
la vida en unos ojos, viene de dentro.*

*Os espero con la intensidad, el
brillo y la chispa que siempre me
habéis regalado».*

Luego, la actividad expositiva vuelve a lanzarse, arrojando la siguiente luz:

2006: Delta-Arte, San Sebastián; Restaurante Castelao, Xanxenxo. Restaurante Algueirada, Santiago de Compostela. **2007:** Delta-Arte en San Sebastián: Exposición de grabados. **2008:** Bolsa de Comercio de Rosario (Argentina). Galería Picasso, Venado Tuerto (Argentina). Restaurante Vaixel, La Cañada (Valencia). Delta-Arte-San Sebastián. **2009:** Casa de España. Castres. Francia. Galería Ekain Arte Lanak. Donosti. **2010:** Sala Resaca y 'Salón Azul', Real Club Náutico de Donosti.

«Loco por el grabado» representa una novedad en la actividad expositiva de Ábalos. De las casi doscientas planchas grabadas entre

1981 y 1985 expone unos cien grabados en Delta-Arte, a partir del 30 de noviembre de 2007. Es su modo de cerrar el año.

Como siempre, el pintor lo explica con meridiana precisión: «Una histeria especial se apoderó de mí, impidiéndome cualquier actividad artística que no tuviera que ver con el grabado».

El aprendizaje fue primero lento y luego caudaloso. En Madrid, siguiendo el consejo del arquitecto Fernando Higueras, se adentra en la 'topinera' (entresuelo para topos amantes del olor a tinta litográfica) de Dimitri Papaguergious, de donde sale ganado para la contagiosa causa del griego, filósofo por naturaleza, que no por estudios.

Luego, ya en Donostia, serían Ignacio Chillida y Mónica Bergareche quienes entraron al quite, encelándole.

Ábalos hizo lo que es preciso hacer: emborracharse de grabado, sentir por el grabado la pasión que se deriva del enamoramiento.

Quien hace un grabado no es un grabador. El verdadero grabador es el que se pone un mandil del hule, se merca en la tienda media docena de buriles, algún que otro pincel y

cuanto la pasión grabadora exige: ácido nítrico, percloruro de hierro, planchas de cobre, cubetas, barnices, tarlatanas, bruñidores, disolventes, resinas... Y se encariña con el grabado hasta vivirlo como un encoñamiento.

Del repertorio grabado (fundamentalmente al aguafuerte) ocasión habrá de hablar en un momento y medio más específico.

En el grabado, Ábalos se perfila riguroso, clásico, barrojiano, partidario de don Ricardo Baroja, de quien la malediciencia madrileña hablaba que era el único Baroja con verdadero talento; y no un leño, como don Pío.

Dos años más tarde, en la exposición del año 2009, en Ekain, Arte Lanak, se acoge el marbete 'Desde resaca'. Ostensiblemente ésta es la muestra más decididamente daliniana (guiño al maestro de Cadaqués) de cuantas el pintor donostiarra contabiliza hasta la fecha.

Los signos son inequívocos: la barra superior de la cortina, los paños desplegados a ambos lados, la ventana abierta al paisaje.

El pintor-escritor pudo haber antepuesto el artículo determinado, 'Desde la resaca'; pero se acogió a la desnudez sustantiva para fijar sus impresiones, y ya se verá porqué:

«Desde resaca. Un lugar y un paisaje son una vida. Tiernas tardes del amor adolescente que aún crece. Celebraciones de estudiante que eran futuro. Llantos que el tiempo endulza.

Como testigo: el horizonte. Ese mismo horizonte que me animó a pintar en momentos 'Cuesta-arriba'.

Hoy, que vivimos un momento 'Cuesta-arriba', quiero agradecer al anterior (1980-

81-82), que volviera a zambullirme en la pintura que es la pasión con la que nació.

Con este recuerdo quise pintar 'Desde resaca' lo que, tal vez, no se puede pintar. Las sensaciones de una vida. Para ello, le pedí a mi amigo Iñaki Getaria que me hiciera un hueco en su 'Bar Resaca' para guardar mis lienzos cuando no pudiera pintar por el mal tiempo. Desde el 13 de marzo hasta el 25 de mayo Iñaki los ha custodiado dando fe de la pésima meteorología de la primavera donostiarra. Gracias.

Desde Resaca, he pintado, he dibujado, he tomado apuntes, he fotografiado, he meditado y he preparado esta exposición. Pero ha sido Juan Cruz Unzurrunzaga, mi viejo y buen amigo, quien me ha pedido exponerla en su Galería Erkaín. Allí estaremos. Desde el 2 de Julio, que es jueves, hasta el 15 de agosto.

No os confiéis porque sea bastante tiempo, que, sobre todo en verano, el tiempo vuela. Os esperamos con la ilusión de siempre».

Tras la lectura queda claro que Ábalos no pinta desde la resaca, sino desde el establecimiento hotelero que se acoge a tan preciso nombre. Pero una segunda lectura (más meditada que la anterior) arroja otros perfiles: Ábalos alude a momentos 'cuesta-arriba', ligados a su particular biografía, que no precisa. Hay resaca, de lo por vivir. Porque también el futuro se vive como una resaca:

«El horizonte salpica de luz las soñadas atardecidas otoñales. El hombre con su presencia insinuada, evoca recuerdos que son sensaciones de toda una vida abierta a la luz



«La luz del viento desde Resaca»
Óleo/lienzo
146x97 cm.
2009

del horizonte. Pálidas luces que acompañan y calman. Brillos que atan el espacio a los objetos más cercanos cambiando su dimensión para trascender más allá del cuadro. Hacia el horizonte. Otoño 2008.»

Ábalos ya no se conforma sólo con pintar. Su aspiración es ser testigo (privilegiado) del tiempo que pasa, dar fe de vida, confesar nerudianamente que ha vivido.

Admirado contempla cómo el verano se resuelve en otoño y el otoño en invierno.

«La nieve cambia la ciudad como el traje a una novia. Igual pero más radiante. El blanco es el color del bien. Por eso es ‘año de bienes’. La luz brilla en calma y aparece el resplandor del aire. Para respirar. Enero 2009.»

Ha nevado en La Concha, miel sobre hojuelas, y el pintor no quiere que tan majestuoso acontecimiento se pierda en el olvido.

De ‘Resaca’, su refugio de guerrero, saca un lienzo, lo planta frente al horizonte y representa el insólito espectáculo del árbol desnudo (asaeteado por el viento glaciar) y la playa encanecida por la nieve.

‘Presagio de nevadas’ y ‘Año de bienes’ son su particular visión dúplice del acontecimiento. Va a nevar. Ha nevado. Bendita sea la nieve que esponja los campos y preludia dichas.

San Sebastián nevado viene a ser una especie de San Sebastián doblemente enjoyado, aunque nunca llueva (nieve) a gusto de todos.

«La niebla y la nieve atrapan. El aire se vuelve blanco. El horizonte se disipa y aparece como una sensación de sosiego: un espectro tras los cristales.»

Pequeñas cuerdas aparecen en los cuadros como guías de ayuda que perfilan los difusos contornos del aire atrapado.

Tal vez sean guías de futuro. Para vivir. Enero 2009.»

Como escritor, Ábalos pone puntos donde el común de los escritores pone comas. La brevedad en la escritura es su cortesía de pintor. Pintando, en cambio, se permite el albedrío de multiplicar su visión: como en la triple representación que denomina ‘Luces de la Costi’.

Su última gran exposición, con la que cierra la década de la ‘cuesta-arriba’ ya sin cuesta arriba, lleva por título ‘En el Náutico’ 2010, en cuyo salón Azul muestra su última producción. Para el propósito se deja fotografiar con dos langostinos a guisa de mostachos, titulándose el retrato ‘Va por usted, don Salvador’.

El pintor sigue siendo daliniano (que es su modo de ser velazqueño). Ahora, sólo en la conformación de la ventana; donde siempre se añoran los glúteos de diosa terrenal de la hermana del pintor (allá en Cadaqués), el culo vestido más desnudamente mejor pintado de la pintura española. Esa chica de espaldas, de la que obligado fuera enamorarse, con ese trasero suyo tan prometedor.

Autofigurado en la ventana del Náutico (la sirena varada de San Sebastián), el transatlántico que nunca surcó la mar oceánica, Ábalos con su peculiar grafía (lapicero y mayúscula), minuciosamente anota (cual tiene por inveterado norma):

«El arte es puro juego, que es igual a pura vida, que es igual a puro fuego. Veréis el as-»



«Magia de atardecida desde Resaca»
Óleo/lienzo
146x97 cm.
2009



«El reposo de la luz»

Óleo/lienzo
130x81 cm.
2010

cua encendida. (De mi amigo Antonio Machado). La exposición de este año, la he titulado 'En el Náutico' porque es en el Náutico y va a estar colgada todo el mes de agosto desde el 29 de julio.

El cuadro de la portada se titula 'en el Náutico' y es porque me he pintado a mí mismo asomado a la ventana de la Sala de Exposiciones. Esa ventana maravillosa que, seguro, robará protagonismo a mis cuadros, está tan cerca del mar que las olas baten sobre ella. Tal vez por eso, la ventana tiene forma de ola. Y sólo se ve desde dentro (la forma de ola).

Las reflexiones prosiguen catálogo adentro: «Una ventana abierta al horizonte al futuro al color y a la luz. Eso es la pintura. Espacios para la calma, para soñar. Lugares de ningún lugar. Para vivir. Esas luces limpias de la infancia para soñar».

El pintor ha devenido utópico, repentinamente vocado por el no-lugar, el lugar que existe sólo en la imaginación.

De los tres agujeros de San Sebastián, Ábalos casi siempre pinta dos, sólo dos. Y aclara:

«Pido perdón por la osadía de brindar este pequeño recuerdo a Salvador Dalí. De él he aprendido que los cuadros pueden contar historias.

Una de mis historias trata sobre un pobre limonero. Un árbol que, por mi total ignorancia, se muere por un exceso de cariño hacia él. Plantado en el mejor lugar, con la mejor tierra, bien podado y muy bien regado.

Tan bien regado que eso lo ha matado. Por

mi ignorancia he inundado el limonero. Algunos de mis cuadros cuentan la triste historia de mi pobre árbol. Es la única forma que se me ocurre para recordarlo.

Hoy, mirándolo de cerca, tiene algunos brotes nuevos. *Sálvate limonero inundado*».

Trasplantado ocasionalmente a Levante, Ábalos yerra al pasar de agua al limonero (habitado al secarral). El limonero admite que se le pase de txacolí, no de agua. O que el poeta juegue con su fruto a hacer metáforas, como en la graciosa estampa garcialorqueña de las jóvenes que arrojaban limones al agua de las acequias para que se volvieran de oro.

Sin percibirlo, o percibiéndolo muy bien, José Manuel Ábalos se adentra en la edad de oro (la cumplida edad de la sabiduría) abriendo su pintura al amarillo limón, que cada vez pajarea más en sus pinturas.

En buena hora, Ábalos ha abierto su paleta a una primavera donde 'el color que imita al del oro cuando es subido y a la flor de la retama cuando es bajo y amortiguado' (**Autoridades**) campa por sus respetos.

Lo que pinte en adelante: escrito está en las estrellas. Con lápiz y en mayúsculas, naturalmente.

AUTORIDADES

IÑAKI MORENO RUIZ DE EGUINO: «Minuciosa, estudiada con pausa, reflexionada la imagen antes de tomar la decisión última de gestar la obra, es sin duda, la conclusión que sentimos ante las obras de Ábalos, quien para muchos mezcla el

«La playa verde»
Óleo/lienzo
146x89
2010



puro automatismo, con la temática surrealista. Este pintor en el claroscuro y en el tratamiento de la materia y la construcción marca la expresión de un nuevo dramatismo realista, sin llegar al distorsionamiento». (*Bixen 80*. DV. 7.I.1983).

CARLOS DUARTE: «Sus grabados son punto aparte en el que se nota una larga búsqueda de cara al futuro» (*Me gusta buscar la magia de las cosas*. Panorama. San Sebastián, 4.II.1984).

JUAN JOSÉ OCHOA ESCOBAR: «Creemos [...] que la importancia de su obra, más que en los interiores que nos ofrece, se centra en las prendas de vestir que realísticamente ha sabido plasmar. También en su floresta y figurativo hallamos matices artísticos llenos de ternura. Los visillos, a menudo usados en sus obras, creemos merezcan un poco más de estudio; pues adolecen de cierto efectismo que resta valor a los temas en que los utiliza». (*Ábalos en Gaspar*, Rentería. Inédito firmado por el autor, poeta y escritor hispano colombiano, 1984).

MARIO MARRODÁN: «Es sobre todo grabador. 1984. Participa y es seleccionado en los Premios Gure Artea-84 precisamente en la modalidad de Grabado». (*Diccionario de pintores vascos*. Beramar. Bilbao, 1989). // «Pintor guipuzcoano actual. Arquitecto de profesión. Ha expuesto en muestras colectivas e individuales por Guipúzcoa». (*Ibíd.*, en Ábalos).

PALOMA HERRERO: «El grabado fue un descubrimiento y un goce para Ábalos. Le gusta realizarlos en invierno porque piensa que son propios de días lluviosos y fríos, que poseen un olor especial y que constituyen una sorpresa porque el ácido no se sabe qué es capaz de hacer, grabados con planchas de cobre, aguafuertes y puntas secas en los que sigue recogiendo las vistas

de su San Sebastián natal y que comenzara aproximadamente hace nueve años». (*J.M.A. expone en el Club Prensa Canaria*. «La Provincia». Las Palmas, 1990). // «Delicado dibujante de tonos románticos y pintor que recoge los rincones de su ciudad natal y que realiza bodegones intimistas en los que los objetos se ordenan armónicamente sin que en ellos falte una flor». (*Diccionario de pintores y escultores españoles del siglo XX*. Forum Artis. Madrid, 1994).

PEDRO SHIMOSE: «Ábalos concibe la pintura como si el cuadro fuese una ventana a través de la cual retrata a “su San Sebastián al través de una inteligencia. De este modo, su pintura es también un silogismo o un teorema. Al público le corresponde imaginar al pintor invisible que pinta cuadros que contienen a otro pintor hasta que éste se integra en el paisaje. José Manuel Ábalos pinta espejismos. Su obra es un juego de espejos, en el cual la geometría, el silencio y la ilusión óptica constituyen una invitación a la poesía y el ensueño». (*Los espejismos de José Manuel Ábalos*. Telva. Madrid, 1997).

ALICIA CENTENERA: «Sus lienzos son inventario de un paisaje pero también memoria de la casa y la vida de una familia: en ellos quedan la cafetera o la batidora, un muñecote que alguno de sus hijos hizo de chavalín». (*Ábalos. Bien acompañado*. Diario Vasco. San Sebastián, 8.XI.1997).

OLAIA PRIETO: «El paisaje de San Sebastián es escenario de la mayoría de sus pinturas, lo considera un soporte para sus obras, porque a pesar de que está presente en muchas ocasiones, nunca lo hace de la misma manera, sólo responde a diferentes elementos que se encuentran dentro del cuadro». (*Ábalos introduce materiales de trabajo en sus pinturas*. DV. 28.VII.2004).